

ELVIRA 'E mp o

TIERRA FIRME



DOS NOVELAS

Aire tan dulce

La última conquista de El Ángel

TIERRA FIRME

DOS NOVELAS

ELVIRA ORPHÉE

DOS NOVELAS

Aire tan dulce
La última conquista de El Ángel

Edición de Soledad Martínez Zuccardi
y Guadalupe Valdez Fenik



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ECUADOR - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición *Aire tan dulce*, 1966
Primera edición *La última conquista de El Ángel*, 1977
Primera edición FCE Argentina, 2024

Orphée, Elvira

Dos novelas : Aire tan dulce. La última conquista de El Ángel /
Elvira Orphée. ; Compilación de Soledad Martínez Zuccardi ;
Guadalupe Valdez Fenik. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2024.
441 p. ; 14 × 21 cm. - (Tierra Firme)

ISBN 978-987-719-460-9

I. Literatura Argentina. 2. Narrativa. 3. Novelas. I. Martínez
Zuccardi, Soledad, comp. II. Valdez Fenik, Guadalupe, comp.
III. Título.

CDD A863

Distribución en América Latina

D.R. © 2024, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Armado de tapa: Juan Balaguer
Diagramación de interior: Hernán Morfese
Corrección: Ada Solari y Patricia Motto Rouco
Edición al cuidado de Marina D'Eramo y Yanina Gómez Cernadas

ISBN: 978-987-719-460-9

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

<i>Prólogo</i> , por Soledad Martínez Zuccardi y Guadalupe Valdez Fenik	9
<i>Aire tan dulce</i>	25
<i>La última conquista de El Ángel</i>	317

Prólogo

ELVIRA ORPHÉE solía reírse con Silvina Ocampo de lo poco que se vendían sus libros: le dijo una vez, medio en broma, que López Llausás de la editorial Sudamericana había logrado vender dos ejemplares de su novela *Aire tan dulce*. Silvina contestó: “Tuviste suerte, con mi libro logró vender uno”.¹ La anécdota sugiere el lugar más bien excéntrico ocupado por la autora en la literatura argentina. Aunque ingresa al campo literario porteño por la vía de la revista *Sur* (Pepe Bianco incluye su relato “Las dos casas” en un número de 1951), no perteneció al núcleo articulado en torno a la revista, ni a otros grupos o asociaciones. Su obra no encaja en las líneas dominantes en las décadas de 1960 y 1970: el *boom*, el realismo mágico, la literatura del compromiso sartreano, o el auge de las escritoras *best seller* como Silvina Bullrich, Marta Lynch o Beatriz Guido. A este trío exitoso, “que aparecía en televisión”, Leopoldo Brizuela opone otro trío de mujeres, más secreto y “del que ahora se ve cada vez más su valor”.² Eran Silvina Ocampo, Sara Gallardo y Elvira Orphée.

“Escritora de escritores”, elogiada y admirada en su momento por Italo Calvino, Carlos Fuentes, Julio Cortázar o Alejandra Pizarnik —y, en los últimos años, por Luisa Valenzuela, María Teresa

¹ Flaminia Ocampo, *Ella, en general. Elvira Orphée de cerca*. Inédito, gentileza de la autora.

² Agustina Larrea, “Sara Gallardo: la escritora luminosa en el país del humo”, en *Infobae*, 14 de junio de 2018.

Andruetto, Martín Kohan, Guillermo Saccomano, Hernán Roncino, o el ya nombrado Leopoldo Brizuela—, Orphée sigue siendo una autora casi secreta. Esa falta de un reconocimiento amplio podría estar relacionada con el modo un tanto solitario en que desarrolla su carrera, sin el sostén de instituciones o círculos literarios. También, probablemente, con su condición de escritora mujer en el siglo xx: “Los escritores ganan premios y tienen sus patotas. Las escritoras no”, afirma ella misma en una entrevista incluida en *Feminaria*.³ Cuando en 1978 le preguntan qué opina sobre la afirmación de Robert Graves acerca de que las mujeres son mejores como musas que como escritoras, en tanto no escriben como mujeres sino imitando a los hombres, Orphée responde:

No sabía que en lugar de escribir con punta de lápiz se escribiera con punta de sexo. En todo caso, mejor que yo podrían responderle Virginia Woolf, Marguerite Yourcenar, Elsa Morante, Silvina Ocampo, Olga Orozco, Emily Dickinson, Katherine Anne Porter. Me vienen a la memoria otros nombres masculinos que podrían ser los equivalentes de ellas, no por copia, ya que son contemporáneos, sino simplemente por parecido de espíritu.

De nuevo responderé con una pregunta: ¿Si usted hubiera sido de un área geográfica sin predominio de las costumbres hispánicas, habría hecho esa pregunta, por muy afirmada que esté por un escritor sajón?⁴

En otra ocasión, confiesa que escribe “para liberar a las mujeres de los retratos falsos”.⁵ Poco preocupada por agradar, no duda-

³ Vanesa Aguirre *et. al.*, “Tertulias fantasiosas con Elvira Orphée”, en *Feminaria*, vol. XII, núm. 19, 2007, p. 92.

⁴ Raúl Henao, “En torno a Elvira Orphée”, en *Zona Franca*, 3 de septiembre de 1978.

⁵ Gwendolyn Díaz, *Mujer y poder en la literatura argentina. Relatos, entrevistas y ensayos críticos*, Buenos Aires, Emecé, 2009, p. 42.

ba en denostar cierta plana “literatura de hombres”, hecha de charlas de café. Admiraba, en cambio, a Juan Rulfo y a Colette; leía a Rainer Maria Rilke, a Elsa Morante, a Clarice Lispector, a “los escritores de antes” como León Tolstoi y Fiódor Dostoievski, a los japoneses Yukio Mishima, Osamu Dazai, Junichirō Tanizaki, Ryūnosuke Akutagawa, que, en sus palabras, “hipnotizan con su extrañeza, con su doble aspecto sagrado y maligno”.⁶ Le gustaban Olga Orozco, Juan José Saer, Héctor Tizón. Su escritura aspiraba a la poesía.

A mí me han gustado muchos libros como lectora común y silvestre; pero me han importado pocos libros como escritora –afirma–. Como escritora, a mí me han importado los que alcanzan poesía. No me interesan ni las tramas ingeniosas, ni los frisos sociales, ni los pensamientos profundos... Yo lo que les pido es poesía.”⁷

“Hacer que las palabras resplandezcan”,⁸ de eso se trata la poesía para Orphée. Esa aspiración impregna toda su obra, que, paradójicamente, es narrativa.

Nacida en Tucumán el 29 de mayo de 1922, creció como hija única en una vieja casona de la capital provincial. Fue una niña enferma, en una época en que la enfermedad era vista como un castigo divino, como una señal de pecado y de culpa. Su salud frágil la llevó a pasar mucho tiempo en cama, sola, leyendo. Conservaría un libro infantil sin tapa que llevó consigo en todas sus mudanzas. Un libro sobre una princesa, hija de los reyes del frío, que se enamora del príncipe del calor y abandona su reino para

⁶ “El taller del escritor”, cuestionario respondido por Elvira Orphée en *La Prensa*, 23 de diciembre de 1979.

⁷ Leopoldo Brizuela, “Retrato de una rebeldía”, en *adn cultura, La Nación*, 28 de noviembre de 2009.

⁸ *Ibid.*

vivir su amor. Su novela *En el fondo* (1969), que corrigió durante años y reescribió como *La muerte y los desencuentros* (1989), recrea el mismo argumento: una joven deja un país caliente por un país frío, y vive desgarrada por el destierro.

Del origen tucumano conservaría también su amistad con Leda Valladares. Eran dos conspiradoras en el colegio de monjas al que asistían. Orphée recuerda que tenían la costumbre de inventar sórdidos pecados en el confesionario adoptando el nombre de alguna otra estudiante, o de empujar la fila de alumnas en el instante en que se arrodillaban a rezar, para ver, divertidas, cómo caía el tendal de devotas, una detrás de la otra. El episodio es recreado en *Aire tan dulce*. El vínculo entre Elvira y Leda, signado por el pasado común en un “Tucumán secreto y destartalado” y también por distancias ideológicas y tensiones, se mantendría a través de los años. Cuando Elvira vive en Roma, Leda le escribe:

Si le escribo será para decirle que después de tantos años de darla [por] muerta sé que está allí, bajo el cielo de Roma con un libro sobre su falda. Que leyéndola descubro que siente como una tigre. Que su modo de uñar el banco revive en su modo de escribir, de odiar la música y el sol. Que sus fotografías parecen un chillido de urraca. (Su hermosa cabeza emergiendo de las hojas me inspira mirarle su soslayo y su terquedad reconocerla como un parto de la tierra, de un Tucumán secreto y destartalado).⁹

Leda pide a Elvira, en una carta posterior, que no olvide su “alma riojana y geológica” y le reclama: “No te hagas la moderna y la suicida. Tienes mucho de gran yegua para tal flaccidez”.¹⁰

⁹ Texto inédito, del archivo privado de Elvira Orphée, gentileza de Flaminia Ocampo.

¹⁰ *Ibid.*

En una entrevista realizada en 2005 para la Audiovideoteca de Buenos Aires puede verse a Elvira en su departamento de la calle Tagle, sentada en un silloncito bajo que ella misma construyó (le gustaba hacer muebles con las maderas que recogía cuando vivía en París). Desde allí evoca la infancia en Tucumán —que no fue feliz pero que, dice, “envuelve tan fuerte como un tentáculo”¹¹— y recuerda la casa de su abuela Alfonsa, que fumaba chala y pasaba las siestas en el patio junto con las criadas que pelaban cañas a la sombra, como la abuela Mima-ya de *Aire tan dulce*.

De la provincia se aleja pronto. Le gustaba declarar que se había ido a Buenos Aires a los 16 años, luego de la muerte de su madre, pero en realidad habría vivido varios años más en Tucumán, trabajando como maestra. En la década de 1940 estudia lo que en el momento se denominaba Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires. Aparece luego su ya mencionado primer relato en *Sur* y en 1956 se publica su primera novela, *Dos veranos*, editada por Sudamericana (más de cincuenta años después la reeditaría Eduvim, en 2012). *Dos veranos* recibe una elogiosísima reseña de Rosa Chacel en el número 245 de *Sur*. Chacel lo describe como un “libro raro”, “extrañamente nuevo”, y no duda en calificarlo de “magistral”. Orphée elige para este primer libro, esto es, para hacer su entrada en la escritura, el espacio de la provincia y el punto de vista de un mestizo huérfano, feo y pobre, atravesado por la humillación. Una elección audaz que distingue sus opciones de las tomadas por otras escritoras en la década de 1950.¹² Su segunda novela, *Uno*, ambientada en Buenos Aires durante el primer peronismo, es publicada en 1961 por Compañía General Fabril Editora. No conforme con el estilo

¹¹ Luis Justo, “Elvira Orphée y sus novelas”, en *Sur*, núm. 315, 1968, p. 88.

¹² Soledad Martínez Zuccardi, “Provincia y novela en los inicios literarios de Elvira Orphée: *Dos veranos* (1956)”, en *Recial*, vol. XIII, núm. 22, 2022, pp. 291-308.

logrado, Orphée rechazó la reedición de este libro, que la crítica tildó de antiperonista. En un cuestionario de 1979 del diario *La Prensa* abjuraría de él: “Uno es un libro esforzado, llevó trabajo, me hizo escribirlo en una forma que no me atrae y meterme en un lugar donde no me siento cómoda: la política”.¹³

Al finalizar la carrera universitaria, Orphée obtiene una beca para continuar sus estudios en Madrid. De allí pasa a París, donde asiste a la Sorbonne. En París se reencuentra con el pintor Miguel Ocampo, a quien había conocido en Buenos Aires, cuando posa como modelo en el taller del retratista Raúl Mihanovich. El amor entre una joven modelo demasiado bronceada por el sol y el asistente del pintor que no la podía pintar es el punto de partida del cuento “Su demonio privado”, incluido en el volumen *Su demonio preferido*, de 1973. Las circunstancias del reencuentro de Elvira y Miguel en París son relatadas por Flaminia Ocampo, la hija menor de la pareja:

Desde su cuarto y mirando hacia el edificio de enfrente, el hotel Mont Thabor, tuvo el presentimiento de que Miguel estaba allí; habían dejado de verse hacía tiempo, no perdía nada con ir a preguntar. Le dijeron que no, que no había nadie con el nombre de quien estaba buscando, pero le sugirieron que averiguara en la administración. Ahí, un empleado estaba leyendo una carta que confirmaba la reserva de un cuarto con la inconfundible escritura y firma de Miguel Ocampo. Nada mejor para el amor fuera de lo común que el enorme azar.¹⁴

De acuerdo con Flaminia, al casarse con ella, Miguel “renunció a la felicidad módica que anhelaba, aquella que facilita la rutina y no complica”. Piensa que si él

¹³ “El taller del escritor”, *op. cit.*

¹⁴ Flaminia Ocampo, *Ella, en general...*, *op. cit.*

optó por todas las dificultades que ya podía visualizar viviendo a su lado fue porque entendió que los atributos de Elvira, su modo único de ser, su talento literario, le resultarían imprescindibles para ver la vida de maneras inesperadas y que sin ella no sería la persona que aspiraba ser.¹⁵

A fines de la década de 1950, Miguel Ocampo es designado para ejercer funciones diplomáticas en Roma. El matrimonio se radica allí junto a sus hijas. Durante esos años, Orphée conoce a Italo Calvino —que se enamora de su belleza y su misterio, sin ser correspondido—, a Alberto Moravia y a Morante. Una conexión profunda la uniría a Morante durante un largo tiempo. Elvira recordaría sus años en Roma como aquellos a los que quisiera volver. Por el trabajo de Ocampo, la familia vuelve a mudarse. Esta vez, a París. En la efervescente París de comienzos de los sesenta Orphée frecuenta a Octavio Paz, a Julio Cortázar y, en especial, a Alejandra Pizarnik, con quien cultiva una amistad que duraría hasta la muerte de Alejandra. Una amistad en parte fundada en el humor (jugaban a los “cadáveres exquisitos” y proyectaban con espíritu festivo libros que nunca escribirían), y además en un cierto modo de vincularse con el mundo. Un poco desterradas de la vida cotidiana, ambas buscaban, a través de la escritura, lo que Orphée llamaba una “vida fulgurante”. Escribir “es mi posibilidad de vida fulgurante”, decía.¹⁶

Trabajando como lectora para la editorial Gallimard, Orphée toma contacto con la obra de Lispector y de Rulfo. En esos años escribe *Aire tan dulce* y *En el fondo*, novelas con elementos autobiográficos, situadas en el noroeste argentino, escritas desde París y publicadas en Buenos Aires. *Aire tan dulce* aparece en 1966 con

¹⁵ Flaminia Ocampo, *Miguel Ocampo*, Buenos Aires, Amparo Ibarlucía, 2012, p. 81.

¹⁶ Alicia Dujovne Ortiz, “Los demonios de lo cotidiano”, en *La Opinión Cultural*, 27 de noviembre de 1977.

el sello Sudamericana; en 1977 sería reeditada por Monte Ávila y en 2009 por Bajo la Luna. *En el fondo* es publicada por Galerna en 1969 y reeditada en 1972 por Compañía General Fabril Editora.

Regresa a Argentina en un avión junto a sus tres hijas y su gato, al que consideraba un ángel. La espera Miguel Ocampo. Los muebles que ella misma construyó vuelven en barco. Al poco tiempo, él parte a Estados Unidos por una misión diplomática y a su regreso se separan. Durante la década de 1970, Orphée viaja por largos períodos a Venezuela, debido a su relación con el poeta Juan Liscano. Sobre ese momento de su vida habla poco en las entrevistas. En Caracas el sello Monte Ávila publica en 1977 su quinta novela, *La última conquista de El Ángel* (reeditada por Vergara en Buenos Aires en 1984).

El presente volumen reúne *Aire tan dulce* y *La última conquista de El Ángel*, dos novelas medulares en la narrativa de la autora. *Aire tan dulce* es, entre sus libros, el que decía preferir. Quizá porque su prosa alcanza esa poesía que ella reclamaba como escritora. De una intensidad poética notable y, al mismo tiempo, de una visceralidad feroz, es una de las grandes novelas de la literatura argentina. De esas novelas que logran crear un universo propio. En este caso, un universo de provincia que evoca, sin jamás nombrarlo, el Tucumán natal de Orphée. Su cuidada complejidad narrativa remite a Rulfo, y también a Virginia Woolf y a William Faulkner. En franca rebeldía respecto de la figura del narrador omnisciente y aspirando a una comunicación directa del personaje con el lector, la novela está contada, sin mediación alguna, desde las conciencias de tres personajes: la joven Atalita Pons, su abuela Mimaya y Félix Gauna, unido a la primera por una relación de amor-odio. Son personajes, sobre todo Atalita y Félix, que no pueden decir el amor, y están transidos por un afán de absoluto que los lleva a encontrar en el mal la salida creadora ante una plana vida provinciana. La construcción

de un personaje femenino que obtiene una extraordinaria fuerza de su enfermedad y la presencia de un sutil procedimiento de autofiguración (mucho de la experiencia de Orphée en Tucumán está en la rebelde y maravillosa Atalita Pons, con su “vivir distinto”) son otros rasgos singulares del texto.¹⁷

Atalita Pons se rebela contra todo: familia, escuela, iglesia. Muestra, en cambio, una entera fidelidad hacia las propias convicciones y los propios deseos. “Nunca pienso lo que quieren obligarme a pensar”, “Si no me gustara no vendría. A mí nadie me ha puesto riendas”, “Atalita Pons: presente siempre para lo que a ella se le antoje. Pero para lo que se les antoje a los demás ¡no!”. Disputa los mandatos acerca de lo esperable en una joven “de sociedad” de provincia de fines de la década de 1930 y se rebela también contra el lenguaje, contra un modo de usar la lengua que, a sus ojos, no da lugar a la imaginación. Protesta contra las palabras “de todos los días” y busca, hasta en los insultos y las mentiras, exactitud y precisión, a la vez que la belleza. “Ah, esa noche mi mentira fue bonita como un cuento de sirenas”, dice, orgullosa de su creación. Se enorgullece también de los “insultos líndísimos” que ella sería capaz de encontrar, en contraste con los de su tía Nora: “Perras con la panza abierta, comedoras de soretas, madres de gusanos lagañosos, qué sé yo. Pero vos te enojás y tus insultos son los de todos los días, *chinas habladoras, gordas cochinas*. Casi los mismos que usás para enojarte con tus hijas”.¹⁸

La oralidad norteña, trabajada de modo fino, impregna la novela de palabras locales, de diminutivos —entre afectivos y despectivos—, de dichos populares e hipérbatos coloquiales, de artículos delante de los nombres propios: valijita, cabecita, chiquita, pobre huerfanito, chinita atrevida, la Negrita, la Luisa, el Tocho,

¹⁷ Soledad Martínez Zuccardi, “Rebeldía, provincia, enfermedad. Autofiguración en Aire tan dulce de Elvira Orphée”, en *CELEHIS. Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, año 30, núm. 41, 2021, pp. 67 y 68.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 72-76.

el Taita Dios, “me den vinagreras”, “usted me alquila la piecita”, “los vecinos dele figonear”, “chancho limpio nunca engorda”, “se le ha dado por mi frazada a este”. Esos giros contrastan con otras zonas de la novela, más líricas y de tono casi metafísico, como el monólogo en el que Atalita piensa en la muerte: “Vendrás, embebida de olores: la tierra mojada y un poco de relámpago. [...] Sé mi querida, sé la que me quiere, mamita Muerte. Vendrás, habrá acabado de llover. Sabrás que te estaba esperando por ese inmenso desapego que me notarás. Y después será el amor”.

Aire tan dulce es también, quizá, el libro que Orphée escribe para sacarse a Tucumán de encima. “Supongo que podría decirse que elegí utilizar la provincia más que sufrirla”, reflexiona.¹⁹ Y es que Orphée y su obra están unidas al lugar de origen por un lazo muy complejo, hecho de odios y rencores, de olores que persisten y de cierta fascinación. Un vínculo contradictorio y ambivalente, plagado de tensiones no resueltas. Si por momentos desprecia la provincia (“El día que me fui de Tucumán fue el más feliz de mi vida”, “En Tucumán no hubiera escrito ni mi nombre”), reconoce al mismo tiempo en ella un costado cautivador, dado por un misterio y una poesía que no tendrían las grandes ciudades: “La vida en la provincia es inmensamente fascinante. Crecer en Tucumán me parecía mágico de niña. La provincia y sus supersticiones me dieron un sentido de misterio, una experiencia poética”.²⁰ Sus cartas revelan tensiones similares. Desde Roma escribe a Leda Valladares: “Tucumán está olvidado, muerto y enterrado”, subrayando cada palabra con una línea de fuerte trazo. Y, a Miguel Ocampo, le confiesa: “Estoy seca de ideas, debería viajar a Tucumán para llenarme de fantasmas y perfumes”.²¹

¹⁹ Gwendolyn Díaz, *op. cit.*, p. 40.

²⁰ *Ibid.*, p. 39.

²¹ Texto inédito, del archivo privado de Elvira Orphée, gentileza de Flaminia Ocampo.

En *Aire tan dulce* la representación de la provincia, y en especial de su ciudad capital, está ligada a la mentira, al mal, a la falta de grandeza, a la imposibilidad de hablar.²² “En esta ciudad todos los médicos parecen peluqueros”, dice Atalita. Para Félix, es una ciudad cuyos “habitantes sin imaginación, y prácticamente sin habla, se ingenian para presentar a los extraños como un idílico decorado de jazmines. Pero ese decorado, si en algún lado existe, es solo el telón para ocultar lo terrible. Esta torpe vida”. Si Atalita es casi una máscara de Orphée, Félix sería una suerte de *alter ego*, cuya mirada lapidaria sobre la provincia coincide con la que en ocasiones manifiesta la autora. “Esta parodia de ciudad. Si hubiera leído su nombre sin conocerla, lo habría repetido en voz baja imaginándole rincones bautizados por leyendas”, dice Félix al comienzo de la novela. “Y eso es lo que pretende, que la confundan con la belleza. Pero viviendo en ella no es posible olvidar su cara polvorienta y tediosa, sus mosquitos, el olor a melaza y barro podrido de sus ingenios suburbanos. No es posible olvidar su desdén por la aventura y el destino.” Casi las mismas palabras de su personaje utiliza la propia Orphée en la mencionada carta a Leda: “Quizá Tucumán tenga sus valores, no lo sé, soy incapaz de verle otra cosa que el —para mí insalvable— desdén por la aventura y el destino”.

La última conquista de El Ángel se publica once años después que *Aire tan dulce*. Algunos fragmentos habían sido incluidos antes en revistas, por separado, en forma de relatos. De allí que el libro en ocasiones fue leído como un volumen de cuentos —de hecho, así los presenta la misma Orphée en el prólogo a la primera edición—, como una novela episódica, o una *nouvelle*, debido a su relativamente corta extensión. La novela narra, desde la perspectiva del victimario, una serie de episodios de tortura que

²² Soledad Martínez Zuccardi, “Provincia y figura de autora en *Aire tan dulce* de Elvira Orphée”, en *Symposium: A Quarterly Journal in Modern Literatures*, vol. 74, núm. 2, 2020, pp. 110-113.

tienen lugar en la denominada “Sección Especial” de la Policía Federal, en Buenos Aires, durante el final del primer peronismo. Como en casi toda la obra de Orphée, no hay referencias explícitas al tiempo y al espacio, aunque esos datos están sugeridos.

¿Por qué una novela sobre la tortura, y contada desde la óptica del torturador? Orphée alude al origen del libro en distintas ocasiones. “El tema fue naciéndome como una náusea, una impotencia, un aborrecimiento frenético de la prepotencia”, afirma.²³ Cuenta que, debido a su vinculación con una militante universitaria, Miguel Ocampo y ella son detenidos por unas horas precisamente en la Sección Especial de la Policía, donde, sostiene, “se torturaba mucho”. Allí le impactó ver cómo a un comisario se le caía “un crucifijo de la misma mano con que daba palizas”.²⁴ A partir de esa imagen comenzó a crecer la novela que se pregunta por las razones de la delectación en infligir sufrimientos. ¿Por qué un hombre se convierte en torturador? ¿Cómo puede ser un hombre de esas características? ¿Puede dormir bien de noche y querer a su familia?, son algunos de los interrogantes que, según declara, la llevaron a escribir la novela.²⁵

En el prólogo a la segunda edición, publicada ya en Argentina un año después de finalizada la última dictadura cívico-militar, Orphée sitúa la tortura en un más allá del horror y de lo real, en “una realidad tan exasperada, que por la misma exasperación de lo real traspone este plano y puede hacer que criminales se sientan partícipes de la divinidad, y que víctimas y victimarios se muevan en una especie de más allá del horror”.²⁶ Menciona allí una frase de *Aire tan dulce* que “dice que la sangre no es inquietante por

²³ Magdalena García Pinto, “Entrevista con Elvira Orphée en Nueva York en noviembre, 1982”, en *Historias íntimas. Conversaciones con diez escritores latinoamericanos*, Hanover, Ediciones del Norte, 1988, p. 165.

²⁴ Leopoldo Brizuela, *op. cit.*

²⁵ Gwendolyn Díaz, *op. cit.*, pp. 44 y 45.

²⁶ Elvira Orphée, *La última conquista de El Ángel*, Buenos Aires, Vergara, 1984, p. 9.

su color ni por su olor sino por su misterio". Y piensa que "quien a propósito hace brotar ese cauce de misterio es porque se siente todopoderoso, con una forma nefasta de poder". Puede resultar curiosa la vinculación que la propia autora establece entre *Aire tan dulce* y *La última conquista de El Ángel*, dos novelas en principio muy distintas, a pesar de que en ambas hay una exploración del mal. Si *Aire tan dulce* aspira a la comunicación directa con el lector desde la conciencia del personaje —personajes que además son casi una suerte de proyección de Orphée—, *La última conquista de El Ángel* opta por situarse, en cambio, en la mente del torturador. Elige el punto de vista del "enemigo", le da voz al "otro inconcebible" para contar una "historia siniestra narrada de manera escalofriantemente poética", como afirma Luisa Valenzuela.²⁷

Ese punto de vista ya está en el epígrafe de la novela: "Lo que ellos llaman tortura pertenece a un orden sobrenatural, como el cielo o el infierno". Es la frase proferida por un personaje, Winkel, jefe de la Sección Especial. Él define las sesiones de tortura como una ceremonia y una obra de arte ("El interrogatorio es un arte y nosotros sus artistas"). Con una lógica siniestra, arriba a la conclusión acerca de la condición casi divina de su tarea: "Todos los hombres son iguales ante nosotros. Parece álgebra: hombre más hombre igual a cero. Hombre igual a cero ante Sección Especial. Sección Especial igual a Dios. No hay diferencias entre nosotros y Dios en este sector de la vida".

Winkel es admirado por el narrador de la novela, otro integrante de la Sección Especial que se siente unido al "jefe iluminado" por el origen provinciano común. Ambos provienen de La Rioja, un espacio donde Orphée había pasado, de niña, algunos veranos y que está sugerido también en las montañas coloradas de su libro *En el fondo*. Este narrador sin nombre aprende el

²⁷ Silvia Hopenhayn (comp.), *Ficciones en democracia. Conversaciones con Silvia Hopenhayn*, Buenos Aires, Planeta, 2013, pp. 44-46.

“arte” de Winkel y lo perfecciona hasta llegar a superar al maestro: lo hace en la sádica “ceremonia” final, que da título al libro. A medida que avanza la historia narrada y comienza a decaer el sistema que sostiene a la Sección Especial, Winkel ingresa a una zona de demencia y desvarío, que tiene su punto culminante en una carta escrita desde el psiquiátrico donde queda internado:

Sueño todos los días con vos y me pongo tan triste que me agrieto, me hago pedazos, me vuelvo un vivero de epidemias. Pero no me impedirán unirme a vos, mi querida, mi pasión, mi deber. Me han encerrado porque quieren separarnos, maridita Sección [...] y borrar me el amor ardiente fatal.

Una carta de amor a la Sección Especial de la Policía.

Orphée inventa un lenguaje para estos torturadores de bajas jerarquías, que son quienes ejercen el poder manual. Winkel y el narrador están secundados por otros personajes (Cajoncito, Sombira, el gordo Tabañal, Roque Abud, el Kalisay), oscuros oficiales en cuya habla las letras de tango se mezclan con el humor negro, el desparpajo y lo aberrante. Son personajes que, al mismo tiempo, tienen un costado humano: pueden ser devotos de la Virgen de Luján —su imagen fluorescente preside algunas sesiones de tortura—, Cajoncito habla con cariño de su “hermanita”, a Winkel le gusta la música y le dan miedo las tormentas, Roque Abud no va al cine a ver películas sobre los nazis porque después no puede dormir de noche, el narrador se conmueve líricamente ante al cielo “muy puro” de La Rioja, “muy de seda, unas estrellas muy heladas”.

Al cumplirse treinta años del retorno de la democracia, distintos escritores argentinos son convocados por Silvia Hopenhayn para elegir las que consideran como las ficciones más representativas de ese período. Entre los libros nombrados por más de un autor figuran *La ciudad ausente* de Ricardo Piglia, *Glosa* de Juan José Saer y *La última conquista de El Ángel*, elegida por Leopoldo

Brizuela y Luisa Valenzuela. Pero la novela de Orphée, a diferencia de *Glosa*, por ejemplo, no narra la última dictadura. Sin embargo, en su extraordinaria capacidad para imaginar los vericuetos de la mente del torturador parece haber una cierta intuición que, vista desde el presente, resulta casi anticipatoria. Valenzuela habla de una “especie de imaginación que profetiza” y Brizuela conjetura que la novela quizá captó tempranamente “un núcleo secreto de la sociedad argentina, mucho antes de que este alcanzara las dimensiones de terrorismo de Estado”.²⁸

Después de *La última conquista de El Ángel*, aparecería con el sello Emecé un segundo volumen de cuentos de Orphée, *Las viejas fantasiosas* (1981), que escribe desde la casa familiar en La Cumbre, Córdoba. En 1989 la editorial Fraterna publica *La muerte y los desencuentros*, ya nombrada como una reescritura de *En el fondo*. Su último libro es *Ciego del cielo*, una colección de relatos que giran en torno a la justicia, publicado en 1991, también por Emecé. Para entonces, ella creía que ya nadie la leía.

Murió el 26 de abril de 2018 en Buenos Aires, sin saber que su obra comenzaba a despertar de nuevo. Y es que las lecturas pueden tomar giros imprevisibles. Autores fundamentales dejan de ser leídos, son a veces olvidados, o bien regresan con un vigor renovado, transformando su colocación en el orden literario. Este último parece ser el caso de Elvira Orphée. Hay, desde hace unos años, un incipiente pero fervoroso deseo de nombrarla, leerla, publicarla. Como si su obra estuviera volviendo, resuelta a interpelar el presente.²⁹

SOLEDAD MARTÍNEZ ZUCCARDI Y GUADALUPE VALDEZ FENIK
Tucumán, octubre de 2023.

²⁸ Silvia Hopenhayn (comp.), *op. cit.*, p. 204.

²⁹ Soledad Martínez Zuccardi, “El regreso de Elvira Orphée”, en Biblioteca Nacional Mariano Moreno, 30 de mayo de 2022, disponible en línea: <<https://www.bn.gov.ar/noticias/100-anos-de-elvira-orphée>>.

Dos novelas. Aire tan dulce y La última conquista de El Ángel,
de Elvira Orphée, se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2024
en Buenos Aires Print, Sarmiento 459, Lanús, Buenos Aires, Argentina.
La tirada fue de 3.000 ejemplares.

El presente volumen reúne *Aire tan dulce* y *La última conquista de El Ángel*, dos novelas fundamentales en la narrativa de Elvira Orphée. *Aire tan dulce* (1966), de una intensidad poética notable y de una visceralidad feroz, es una de las grandes novelas de la literatura argentina. Logra crear un universo propio en el que se desarrolla la relación de amor-odio entre sus personajes y la búsqueda de una salida ante la plana vida de provincia. *La última conquista de El Ángel* (1977) se publica once años después, y se pregunta por las razones del placer en infligir sufrimiento. ¿Por qué un hombre se convierte en torturador? ¿Puede dormir bien de noche y querer a su familia?

Esta edición del Fondo de Cultura Económica redescubre la obra de esta escritora tucumana, injustamente ignorada en su época, no obstante elogiada y admirada por autores de la talla de Julio Cortázar, Alejandra Pizarnik e Italo Calvino, entre otros. Olvido atribuible, tal vez, a su condición de mujer y escritora en el siglo XX: “Los escritores ganan premios y tienen sus patotas. Las escritoras no”, afirmaba la propia Orphée.

